



Nacimiento de “El Pípila”

Artemio de Valle-Arizpe

EL QUE HIZO ALENTAR al “Pípila” con vida imperecedera en las páginas de la Historia fue, sin duda alguna, el diligente don Carlos María de Bustamante en estas líneas un tanto cuanto ridículas, que están en la página 39 del tomo I de su *Cuadro histórico*.

El general Hidalgo, convencido de la necesidad de penetrar en el interior de Granaditas, nada omitía para conseguirlo. Rodeado de un torbellino de plebe, dirigió la voz a un hombre que la regenteaba, y le dijo... “Pípila... la Patria necesita de tu valor... ¿Te atreves a prender fuego a la puerta de la alhóndiga?...” La empresa era arriesgada, pues era necesario poner el cuerpo a descubierto a una lluvia de balas; Pípila, este lépero comparable con el carbonero que atacó la Bastilla (*sic*) en Francia, dirigiendo la operación que en breve redujo a escombros aquel apoyo de la tiranía, sin titubear dijo que sí. Tomó al intento una losa ancha de cuarterón de las muchas que hay en Guanajuato; púsola sobre su cabeza, afianzándola con la mano izquierda, para que le cubriese el cuerpo; tomó con la derecha un ocote encendido, y casi a gatas marchó hasta la puerta de la alhóndiga, burlándose de las balas enemigas. No de otra manera obrara un soldado de la décima legión de César, reuniendo la astucia al valor, haciendo uso del escudo y practicando la evolución llamada de tortuga... ¡Pípila!, tu nombre será inmortal en los fastos militares del valor americano: tú, cubierto con tu losa y armado con una tea, llamarás la atención de las edades venideras y recibirás el voto que se merece el valor denodado; quisiera tener la pluma hermosa de Plutarco para parangonarte con uno de sus héroes; recibe, sin embargo, mi pobreza y el voto de mi corazón agradecido.



Don Lucas Alamán refuta a Bustamante de esta manera concisa en una breve nota que pone al pie de la página 430 del tomo I de su *Historia de México*: “Esta relación es del todo falsa, pues el cura Hidalgo, habiendo permanecido en el cuartel de caballería, en el extremo opuesto de la ciudad, no podía dar orden alguna: el nombre de ‘Pípila’ es enteramente desconocido en Guanajuato”. Ya antes, en la página 425 del mismo libro, escribió don Lucas idéntica cosa; que cuando bajó a la ciudad el enorme y desorganizado gentío que traía Hidalgo, éste se quedó en el cuartel de caballería del regimiento del Príncipe, en donde estuvo durante todo el combate.

Cosa distinta de la que cuenta Bustamante es la que refiere don José María Liceaga en sus *Adiciones y rectificaciones*. Liceaga escribió de los sucesos de la guerra de independencia sesenta años después de que pasaron. Asegura este señor que la celebrada acción

del “Pípila” “es falsa en cuanto al modo con que se relaciona”, y que este jovencuelo “por su baja y miserable esfera no es extraño que fuese desconocido por la generalidad”. Si esto es cierto, ¿cómo el cura Hidalgo lo llamó por su apodo y hasta sabía que era valiente? Por lo demás, esto del valor no tiene importancia alguna, se lo podía dar por existente el cura, cosa que sin discusión se le supone a los militares, aunque algunos resultan correlones, pero dicen ellos que huyen no por miedo, no, sino por exquisita táctica.

Pero sigamos. ¿Cómo llegó al conocimiento de don Carlos María la persona de ese arriesgado muchacho y el hecho admirable que realizó? ¿Y por qué pone esa enfática arenga que diz que le lanzó don Miguel Hidalgo y con la que al punto lo convenció para ir a poner fuego a la clavadiza puerta de la alhóndiga? ¿Alguien oyó esa perorata y tomó puntual nota de ella, sin que le faltara palabra, y se la transmitió después íntegra a don Carlos María? ¿Quién fue el que refirió esto a Bustamante? ¿O todo lo urdió el propio historiador en el largo telar de su imaginación? Él no lo dice, ni tampoco cita las fuentes en que se documentó para escribir tal aserto.

Además, don Carlos María no era de Guanajuato, ni mucho menos estuvo presente como don Lucas Alamán en la sangrienta toma de la ciudad por los insurgentes, a quienes seguía una grande y desordenada chusma de indios que iba a buscar las prometidas recompensas y ganancias, unidos a la plebe algarera de Guanajuato y a sus numerosos mineros, que sí lograron magníficos provechos. Esa jornada terrible la narra don Lucas con patético realismo, pues, ya lo dije, testigo fue del pavor de esos hechos sangrientos acaecidos el 28 de septiembre de 1810.

Don Carlos María de Bustamante escribió en 1845 y, de fijo, vivían aún en esos tiempos muchas personas a quienes consultar, había porción de datos que hubiese podido utilizar, relaciones y memorias que leer, pero se va como siempre el buen señor por el ancho camino de su fantasía y no pone, a ese respecto, ninguna autoridad en que apoyar su dicho.

Fragmento de *Personajes y leyendas del México virreinal*. 

